



Doctor Efigenio Amezúa
Director de los Estudios de Postgrado de Sexología
Instituto de Sexología. Universidad de Alcalá. Madrid



Mi atracción por el libro viejo surgió cuando encontré la *Summa Sexológica* de Havelock Ellis en su edición castellana de la casa editorial Marín, Madrid de 1913. Recuerdo lo mucho que disfruté hojeando los siete volúmenes encuadernados en piel con su sabor de años. Fue hace unas décadas, en plenos años sesenta, cuando la euforia de la revolución sexual predicaba romper con todo lo que fuera anterior por considerarlo preñado de prejuicios. Me impresionó pensar a fondo que medio siglo antes un autor como Ellis circulara en español y

fuera leído por mis padres y abuelos, esos a los que nosotros, jóvenes revolucionarios, calificábamos de reprimidos e ignorantes.

Tras Ellis vinieron otros: El gran volumen de August Forell *La Cuestión Sexual* (Bailly-Baillière, 1912); los dos tomos de *La vida Sexual contemporánea* de Iván Bloch, de la Editora Internacional, con prólogo de Marañón, también en español, los mismos volúmenes de Marañón: *Tres ensayos sobre la vida sexual* en las ediciones de Biblioteca Nueva, y el de *La evolución de la*

sexualidad y los estados intersexuales, de Ediciones Morata. Estos y otras me llevaron a buscar de forma más organizada. Así me propuse elaborar el repertorio de obras de temática sexual publicadas en España, originales o traducidas, desde 1900. Pero pronto vi que era preciso ir más atrás. Encontré un buen número de obras aparecidas en la última década del siglo XIX y en la anterior. Por ejemplo, las colecciones de Peratorner, Suárez Casañ, Fernando Mateos, etc. Ocho años de búsqueda en Centros y catálogos me llevaron después a terminar el Repertorio de cien años: de 1850 a 1950 con un total de 3720 unidades reseñadas ("Cien años de temática sexual: 1850-1950". *Revista Española de Sexología*. Nº 48. (1990, p. 1-190).

Se sellaba así mi relación apasionada con el libro antiguo y viejo: una atracción cada vez más densa que yo llevaba con una complicidad tanto más atractiva cuanto más silenciosa entre el olor y el color de esos lomos y esas hojas patinadas por el tiempo, amarillentas, tratadas con la veneración de un descubrimiento por el que nadie se sentía interesado y en las que descubrí que mis padres y abuelos no habían sido ni tan ignorantes ni tan reprimidos como yo había pensado antes de descubrir sus trabajos. Los libros me llevaron a los autores y a sus ideas. Cada día me sentía más a gusto dialogando con esa época que para mí se había hecho presente a través de ese fetiche vivo que era el libro viejo. Disfrutaba con ellos, buscándolos o encontrándolos o siguiendo las huellas de donde podía dar con ellos.

En la aventura fui descubriendo un mundo que para otros -y para mí, antes- resultaba indiferente, incluso inexistente. Me he encontrado -y en parte reconciliado- con mis antecesores. He conocido sus preguntas y dudas, sus conocimientos y sus ideas. Y he descubierto que, inquietos por las ideas recibidas, abrieron un campo que aún sigue ignorado. He descubierto la sexología en su historia. Una historia apasionante con la que he disfrutado intensamente. Ha sido uno de los más gratificantes regalos que me ha brindado mi carrera. Resultado de ello ha sido otra monografía en la que he tratado de ordenar ese universo perdido o semiolvidado, considerado inexistente ("Los hijos de don Santiago : paseo por el casco antiguo de nuestra sexología". *Revista Española de Sexología*. Nº 59-60. (1993)).

Veo a quien busca libros recientes y de último grito. Yo también lo hice y lo hago para estar al día. Pero hoy veo que el día, hoy, es una unidad de tiempo resultado de años y de siglos, que no puede ser entendido sin conexión. Tengo otra percepción del pasado y de la historia, vivo más en ella. Todo esto se lo debo a esos viejos libros que busco y encuentro, o sigo buscando, y con los que luego me siento a dialogar. Ellos me hablan. Y dialogamos. Debatimos. Los quiero. Vivo con ellos. Y me siento amigo.

